

Recensiones

GESCHÉ, A., *La paradoja de la fe*. Traducción de Luis Rubio Morán y Presentación de Paulo Rodrigues (Ediciones Sígueme, Salamanca 2013). 158 pp. ISBN: 978-84-301-1832-8

Acaba de aparecer este libro del profesor de Lovaina A. Gesché –ya fallecido–, que recoge algunas de sus últimas reflexiones en torno al problema de la fe. Y

lo hace en el contexto de este Año de la fe, proclamado por Benedicto XVI, completando la interesante serie de sus anteriores escritos *Dios para pensar*.

El libro no trata propiamente de los contenidos de la fe, sino del lugar que ésta ocupa, o debe ocupar, en la vida de los hombres y los pueblos. El primer capítulo (*El lugar de la fe*) nos sitúa ante la paradoja u oscilación que la fe, como respuesta al Dios que se revela, puede experimentar –y de hecho ha experimentado– cuando se vive como una adhesión que compromete la vida entera y que implica una nueva forma de vivir. Prácticamente, a lo largo de toda la historia del cristianismo la actitud del creyente ha sufrido una tensa relación entre la distancia del mundo, para salvaguardar su identidad específica, y un acercamiento atrevido a las diversas culturas, para ser comprendida y aceptada por aquellos a quienes se dirige. El autor los denomina “los dos lugares de la fe” (p. 22): porque es un acto esencialmente humano, la fe no puede concebirse como algo accesorio o incluso dañino y perjudicial para la existencia del hombre, antes bien, dilatando su horizonte vital más allá, lo hace necesariamente más humano, más atento a todo lo humano; pero porque ella introduce al hombre en el mundo de lo divino, siendo lo sobrenatural su propia originalidad, le ofrece una salvación definitiva a la que no puede renunciar, le puede llevar a la comunión con Dios.

En realidad, cuando estas dos dimensiones se plantean no como alternativas excluyentes, sino como complementarias, de modo que se puede recuperar aquella alianza primera entre ambas –dentro de sus diferencias específicas–, es el hombre quien siempre sale ganando: como acto humano, el lugar de la fe es la estructura íntima y constitutiva de los hombres: sin ella el hombre no podría vivir, o se condenaría a recluírse en sí mismo y, de este modo, a destruirse; pero es su naturaleza divina –la salvación propia que ofrece– la que puede otorgar al hombre un horizonte nuevo y distinto que lo salve de un naturalismo fatalista: en verdad, cuando irrumpe Dios el hombre recobra su dignidad perdida y su vida, lejos de sentirse amenazada, puede gozar de una seguridad mayor. Como dice el autor, “no hemos de desertar de las cosas de la fe para acudir en auxilio del hombre” (p. 35). En efecto, ha llegado el tiempo de anunciar a Dios para salvar al hombre, de acoger la vida de Dios para que viva el hombre.

“El creyente busca y desea la verdad como cualquier persona, e incluso más, porque se lo exige su misma fe” (p.39). Así comienza el autor su segundo capítulo (*Fe y verdad*): ahora bien, esta pretensión de verdad está lejos de ser una cuestión sencilla, pues la intolerancia e incluso una especie de soberbia idolatría, son peligros que la amenazan cuando su conquista se desvincula de la caridad. Podemos decir que la salvación excede los límites del mero saber si éste no se hace cargo de todo el hombre, su existencia y su destino. Gesché plantea una reorientación epistemológica de la antigua teoría de la verdad, que se deje enriquecer por la hermenéutica y la fenomenología: de este modo quiere buscar la verdad de la fe allí donde ésta se manifiesta.

La verdad de la fe hace al hombre verdadero, auténtico y digno de crédito, en el sentido de que introduce en él el divino peso del Absoluto, grava su vida con el peso de la eternidad y lo hace portador de una verdad otra que sí –mayor que sí–

que le revela su propia realidad. Así permite la fe el acceso a la verdad completa: pero pregustada ésta, no es todavía poseída totalmente. El creyente es peregrino hacia una verdad que, aunque ilumina ya, no es plenamente patente. La presencia de la verdad, gustada en el presente, anticipa sin embargo una distancia mayor hacia el futuro, nos traslada más allá de lo dado hacia algo sorprendente e insospechado. En virtud de esta “desproporción” el autor cuestiona, o revisa, la clásica definición de la verdad como adecuación: “La adecuación es posible sólo donde la realidad está a nuestro alcance. En cambio en la fe sólo la inadecuación muestra respeto al objeto” (p. 56). La verdad es búsqueda y apertura: más allá de la pura correlación y de la simple evidencia, la verdad de la fe apunta a una agitación y a un riesgo, a un estremecimiento ante lo infinito.

Pero también la fe es compromiso y testimonio, el anuncio práctico de una verdad adecuada a la vida concreta del hombre que, desvelada, lo salva del mortal olvido. Aquí confluyen los diversos sentidos atribuidos a la etimología griega (*alétheia*) de la palabra verdad: memoria viva de algo perdido, que es necesario salvar y que nos permite vivir eternamente; desvelamiento –no esotérico– de lo oculto, que abre el camino a la fundación del Reino, a la irrupción de la novedad de Dios; en fin, acontecimiento que nos llega de parte de Dios y por el que nosotros corremos a encontrarnos con él.

La legitimidad con la que la fe presenta su absoluta pretensión le lleva al autor a concluir este capítulo central con una reflexión sobre la fe y la racionalidad, muy importante para no caer en el fideísmo: lejos de la racionalidad de la *noûs*, potencia racional inmanente por la que aprehendemos la medida de las cosas del mundo, la racionalidad de la fe tiene que ver, más bien, con aquella otra racionalidad propia del *logos* (divino) que abre a la trascendencia, aunque no se separa, por ello, de las cosas. Frente al *cogito* cartesiano, el *logos* inspirado en la tradición trinitaria ofrece mejor al filósofo la posibilidad de interpretar la racionalidad de la fe: “La trascendencia se convierte en el triunfo y el cumplimiento de la inmanencia y ésta, a su vez, porta el esplendor y la plenitud de la trascendencia. El Logos es divino, pero a la vez también humano” (p. 84). Aquí es donde filosofía y teología se encuentran, la razón y la fe, el tiempo y la eternidad: el divino rumor de un Logos que resuena en las entrañas creadas del *logos* humano.

Es este encuentro fecundo el que puede salvar a la fe de caer tanto en fundamentalismos intolerantes como en supersticiones idolátricas. El servicio de la teología no sólo es para los creyentes, sino también ha de serlo para la sociedad en que ellos viven. Este es el contenido del tercer capítulo (*El hombre creyente hoy en una sociedad laica*). Al esquema social y religioso de la Edad Media ha sucedido el propio de la modernidad: la emancipación de la sociedad civil ha supuesto una laicidad de la civilización cuyas consecuencias, sin embargo, no siempre son perjudiciales. “No podemos no conceder derecho y parte a la razón, sin traicionar no sólo a la razón, sino también a la misma fe”, dice el autor (p. 98). La fe no sólo tolera, sino que tutela y defiende la legítima autonomía del orden natural de las cosas creadas, y debe hacerlo desde una nueva reflexión que ayude a descubrir su propia finalidad. Pero

es necesario superar un cierto laicismo militante que desemboca en una confrontación, y sustituirlo por un encuentro fecundo: ni régimen de cristiandad, ni sociedad laicista, sino una nueva laicidad en la que se encarnan los valores del mejor humanismo de siempre. Sin olvidar que, aunque la fe tiene inmensas repercusiones para la vida de este mundo, su sentido último es anunciar la novedad del “otro”.

Se impone, por eso, clarificar algunos términos: el autor prefiere hablar de nueva evangelización –y no de recristianización–, si por ello se entiende el derecho y el deber de la fe a existir, y a ser propuesta continuamente al hombre como su verdadero sentido último; prefiere hablar de secularización –y no de secularidad–, si por ello se entiende el “feliz repudio de todo aquello que fue indebidamente sacralizado” (p.109). Una sociedad legítimamente diferenciada excluye tanto un irreconciliable enfrentamiento entre ambas, como la funesta absorción de una en otra. Pero no es sólo cuestión de vocabulario: debe replantearse la relación entre la religión y la sociedad, para evitar los trágicos errores del pasado; y ese es uno de los cometidos actuales que, según el autor, tiene tanto la filosofía como la teología.

A modo de conclusión son las páginas con las que termina este libro: recogen las orientaciones (*Los desafíos actuales y la fe del futuro*) que el autor ofreció para unas sesiones de formación del clero de Bélgica, después que Juan Pablo II impulsara el programa de una nueva evangelización, pero que sirven perfectamente en nuestros días. La primera (Entender teológicamente lo que sucede) es una breve reflexión sobre las ideologías, útil para corregir errores del pasado y para iluminar comportamientos futuros: la mayor perversión de toda ideología, del signo que sea, consiste en su tendencia idolátrica que convierte, dogmáticamente, los medios en fines, y ello no sólo a nivel práctico sino también teórico. La segunda reflexión (Entender teológicamente nuestros errores) ofrece un breve repaso de algunas actitudes que esconden ciertos riesgos, cuando no errores a eliminar: el militantismo corre el peligro de sustituir la auténtica fe por el proselitismo; la sacralización pretende convertir algo relativo en absoluto, no según Dios sino al modo y la medida nuestra; la moralización impide juzgar los problemas en su verdadera raíz, debido al resentimiento que frecuentemente enturbia dicho juicio; cierta culpabilización o sentimiento dolorista puede implicar, en el fondo, un cierto rechazo suicida de la felicidad que nada tendría que ver con el responsable sentido de solidaridad humana; el racionalismo, que busca hacer todo absolutamente comprensible, nunca puede ser la postura justificada ante los “excesos” de la fe; el uso de las ciencias humanas, no sólo en sí sino al servicio de la teología, permite evitar ciertas ingenuidades teóricas y purificar ciertos comportamientos prácticos, pero puede desembocar en otro error, no menor, cuando se erigen en la última palabra, porque su pretensión es la de ser una explicación total. La tercera y última sugerencia (Entender teológicamente nuestras riquezas) recoge la invitación a una conducta sana y coherente, que no falle en el momento actual ni por bendecir los errores, ni por desatender sus compromisos, y que sepa no tener miedo a la hora de gritar al mundo aquella palabra que lo pueda salvar: “Hemos de aportar a la sociedad una dimensión que le falta y que nos es propia: Anunciar a Dios” (p. 150).

Interesante libro que nos vuelve a situar ante la intrínseca relación de la fe con la razón, ante la cuestión de la verdad y su oferta a nuestra sociedad. Entiendo que el texto dejará insatisfechos a aquellos espíritus más disidentes, que buscarían justificar sus posturas de infidelidad; pero tampoco dejará conformes a quienes, en nombre de la tradición, eluden una ardua y obligada tarea de continua revisión. Estos se sentirán inquietos al ver cuestionadas algunas de sus anquilosadas seguridades.

Considero no sólo que es grande la vigencia de su contenido y la actualidad de sus formulaciones, sino además muy oportuna su lectura, y necesaria en nuestros días la recepción de sus aportaciones. Las páginas del profesor de Lovaina, A. Gesché, se encuadran, por otra parte, en profunda armonía con las afirmaciones del Concilio Vaticano II, en general, y de su Constitución *Gaudium et Spes*, en particular. En su aniversario, este libro puede avivar el deseo de volver a las fuentes conciliares, para recuperar así el esplendor y la riqueza de los dos lugares de la fe.